

PAISAJES HUMANOS

Francisco Javier ZUDAIRE OSÁCAR

Sabiduría escolar

Nos lo había repetido tantas veces, que formaba parte de las bromas hechas por los alumnos a sus espaldas: *lo evidente es lo que más cuesta ver*. Por eso, sostenía, a menudo los problemas llevan puesta la solución a la vista, pero nos empeñamos en buscarla entre vericuetos insondables y laberintos prefabricados.

No digo yo que no. Pero no siempre tiene razón, aunque él sea el catedrático y nosotros sus cobayas. Tendría que acabar el curso para darle la razón. El problema. No sabía yo cómo aprobar su asignatura, hasta que intuí la solución.

El día del examen, él paseaba arriba y abajo entre las mesas, individuales y prudentemente separadas unas de otras para evitar copiarse entre los alumnos. Si ya estamos maduros, si hemos llegado a la universidad, ¿qué nos han enseñado o qué hemos aprendido para tener que vigilarnos como reos?

Allí habría, en conjunto, un auténtico arsenal de chuletas de todo tipo: enrollables en la manga, debajo del jersey, fórmulas escritas en el reverso de la mano, camufladas en bolígrafos. Todo un arte, muy trabajado. La solución.

En ese momento venía hacia mí, miraba a derecha e izquierda desde su altura. Las piernas comenzaron a temblarme, el corazón bombeaba fuerte. Y pasó de largo y sostuvo con honor su frase preferida: *la evidencia..., etcétera*. No detectó que el libro estaba abierto encima de mi mesa, con todo el descaro mío y su frase preferida a mi favor, porque él buscaba trampas y su mente no estaba preparada para descubrir el desparpajo inmoral de copiar directamente. Siempre es necesario tener coherencia, amigo.



WhatsApp

Adolescentes, éramos. Nunca llegaréis a nada, nos dijeron los mayores, tal vez con el fin de picarnos el orgullo. Y teníamos, orgullo, pero no estaba ahí. Mi descaro contestó: *No hace falta haber vivido tantos años para vaticinio más evidente, ya sabemos que no llegaremos a nada, ¿algo más?* Me dieron una buena hostia, por listillo, dijeron, pero yo sabía que la razón no era otra que haberles aplastado su penosa agudeza. Supuesta, desde luego.

Menudos eran, los mayores, para venimos con cuentos, cuando ellos no levantaban un palmo de logros en toda una vida, dedicada sabe Dios a qué y a visitar a menudo los bares. Y más cosas que no sabíamos. Un primo mío dijo que él sí pensaba llegar a algo, así fuera a mayor. No pudo ser tampoco. Lo atropelló un camión que tenía previsto esa mañana saltarse un stop. La vespa quedó para la chatarra, y mi primo se quedó donde estaba, el pobre, sin llegar a nada. Ya podían estar orgullosos, los mayores.

Mejor hubierais acertado la lotería, pensé, en lugar de contribuir con vuestros tristes décimos a engrosar las arcas del Estado, si tan listos sois. Los mayores se fueron muriendo, unos antes que otros, no hace falta ser un

mago para predecir que así sería, y nosotros, los que conseguimos estar vivos, llegamos un día a mayores y a nada, y tuvimos a los adolescentes a mano; era nuestra hora, así que los reunimos y se lo echamos a la cara con toda la mala leche acumulada desde el adn hasta los pelos más íntimos. *Nunca llegaréis a nada*, les dijimos.

A la mierda, capullos, contestaron. Otro día no nos hagáis venir para esto, ponednos un whatsapp, so pringaos.



Verdades y mentiras

Me ha gustado ir del brazo de la mentira, no sabría situar exactamente dónde reside ese gusto de mi cuerpo y mente, pero por ahí anda. A los tuertos les alabo su insólito poder de mantener fijo un ojo cerrado, algo que cuesta a los demás Dios y ayuda por la tendencia natural al parpadeo; a los mancos les bailo el agua destacando la hermosura de los cuerpos asimétricos, radicalmente opuestos a la rutina de los hemisferios equivalentes; de los cojos pondero el simpático vaivén de sus movimientos, y a los feos les destaco su importancia fundamental para que existan los guapos. Y así, miento y miento.

Un día me cansé de dorar píldoras, porque es sabido que casi todo termina por aburrir y, además, me dio el pálpito que en mis mentiras, supuestamente piadosas, había más bondad que en las verdades, lo cual era pura contradicción; diabólica, si es caso.

Lo primero que hube de hacer en el encuentro con el tuerto fue ponerme del lado de su ojo bueno, para que me viera, pues de lo contrario aún estaría yo corriendo tras él. Se lo dije: los tuertos tenéis un ángulo muerto muy acusado, y estéticamente dejáis bastante que desear y, que lo sepas, eso de que sois los reyes en el país de los ciegos, es ton-

tería supina: nadie ha visto un país de ciegos y si lo hubiera, ellos tampoco lo verían para venir a contarlo. Ésas son las verdades que te quiero decir con el objeto de no contarte más mentiras.

El tuerto me respondió: No te creo.



Asesina a sueldo

No me gusta matar, pero no tengo otro remedio, es mi condena, igual que el carnicero vegano o el repostero diabético. Todo el mundo está amarrado a su oficio, y el mío es el de asesina. A sueldo, nada menos.

¿Cómo hemos llegado a nuestros respectivos trabajos? Nada que ver con las ensoñaciones de niños, empeñados en apagar fuegos o detener delincuentes. Nadie elige a esa edad ser pirómano o bandido, pero luego...

Serán las circunstancias, así me hice asesina, y sin salir de casa. Mi abuelo, el déspota, nunca fue trigo limpio y se movía entre el margen de la ley y las profundidades de los fraudes bien trabajados. En casa, era insoportable, y bien supo darle mala vida a mi abuela, desde el desprecio al maltrato, haciéndole pagar con la amargura diaria el

pan que se comía. Eso y otros asuntos familiares que a nadie importan me facilitaron mi disposición a la venganza, una especie de ángel doméstico destinado a ponerles fin a los agravios.

Que encima me pagasen, y bien, fue otra circunstancia, pero con la muerte de mi abuelo, caso cerrado sin abrirlo, me doctoré y me gané un trabajo prácticamente fijo con quienes me hicieron el primer contrato. Una vez, sólo una, la policía sospechó de mí: *te pillaremos*, me amenazó un detective de academia. Murió el año pasado, por Navidad.

Lo malo es esa falta de placer al matar, no acabo de pillarle el gusto cuando la lista de mi currículum es ya bien notable. Debería retirarme, tengo de sobra para vivir y más todavía para morir. Sin embargo, esto no es ejercer de fontanero, aquí hay intereses superiores que te impiden jubilarte a voluntad. Tres muertos más, me han prometido, y podré ir a disfrutar de la naturaleza. Hoy he abierto el sobre donde vienen explicados los datos de mis próximos clientes. El más extraño de todos, creo, es el tercer encargo: aparece mi nombre. Empezaré por ahí, ya he dicho que no me gusta matar.



La visita

El día en que vino el alcalde a visitar nuestro barrio, salimos todos a la calle, no por verlo, para que nos mirara a la cara, que supiera de nuestra existencia más allá de los informes. Somos personas, señor, y debe usted saberlo sin resquicio de duda. Después, al irse, ya daba todo lo mismo, el contenido de su visita no era creíble, estamos ya con el culo pelado de andar en jaula, que diría el Jacinto, para que nos vengan a aturullar el conocimiento con promesas de políticos.

Juancho preguntó en el bar, ¿Y cuándo le pegamos fuego al ayuntamiento? Hubimos de calmarlo con un pack de cañas. Pasó el tiempo. Las calles seguían manteniendo sus dos imágenes anuales, embarradas o polvorientas, las alcantarillas formaban todavía parte de un viejo proyecto, la fuente pública era indispensable ante la falta de agua corriente y, en general, aquel barraquismo de madera y chapas no sólo se erigía en la vergüenza de la gran ciudad, sino que se había convertido en la patata caliente que iba de mano en mano y a la que nadie la aguantaba tres segundos.

Claudio tocó la corneta para avisar de la asamblea, y allí en el bar se celebró la reunión. Al acabar de repetir cuanto ya se sabía de sobra, se planteó la pregunta y se la hicieron a Juancho, que él decidiera, a fin de cuentas era quien mayor visión de futuro había mostrado. Le preguntaron: ¿Cuándo?